ORACION

POR LA TRANQUILIDAD PUBLICA,

PRONUNCIADA

EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL METROPOLITANA DE ESTA MUY NOBLE Y LEAL CIUDAD DE

SANTAFE DE BOGOTA

EL DIA 24 DE SETIEMBRE DE 1809.

A INSINUACION DEL EXCMO. SEÑOR VIREY GOBERNADOR Y CAPITAN GENERAL DE ESTE NUEVO REYNO DE

GRANADA

Por el Sr. D. D. José Domingo Duquesne de Madrid, Canónigo de la misma Santa Iglesia, Gobernador de su Arzobispado.

DE ORDEN SUPERIOR.

En la Imprenta Real, por D. Bruno Espinosa de los Monteros.

Pax vobis. Joan. cap. 20. *vers.* 21

La paz sea con vosotros.

JESUCHRISTO nuestro Señor anunciado por los Profetas, Rey de la mansedumbre y Príncipe de la paz, nos ha dexado esta rica herencia sin la qual no podriamos vivir. Pero es necesario que nos apliquemos à conocer la naturaleza de este precioso don que nos traxo del Cielo. Por que el mundo se gloria de tener tambien su paz, una paz falsa, insubsistente é incapaz de producir consolacion. La paz del Señor es firme, sólida y estable, es un gozo en el Espiritu Santo, una satisfaccion de la conciencia, y una hartura del corazon: *pacem relinquo vobis, pacem meam do vobis, non quomodo mundus dat, ego do vobis*(1); y para no molestar vuestra atencion con largos discursos, digo de una vez que la paz de

(1) Joan. Cap XIV. vers. 27.

Jesuchristo consiste en la sujecion de las pasiones à la razon: primera parte. La paz de Jesuchristo consiste en la sujecion á las potestades legitimas: segunda parte. Es mi intento, Señores, descubriros por estos principios el orígen de la impiedad que ha transtornado en nuestros infelices dias el gobierno del mundo, y haceros ver los sólidos fundamentos sobre que debe asegurarse y mantenerse la tranquilidad pública baxo los auspicios de nuestra Santa Religion. Yo tengo el honor de hablar en medio de un auditorio, tan respetable por la autoridad de sus empleos, como por su piedad; que se ha postrado tantas veces al pie de estos santos altares para implorar la misericordia de Dios en medio de las tribulaciones que cercan à la Monarquia, y que ha manifestado por tantas y tan repetidas demostraciones su heroyca fidelidad respecto de un Rey, tanto mas digno de ser servido y venerado, quanto se halla mas consternado y afligido en poder

de nuestros mas crueles enemigos. Vosotros ayudais à la causa pública con vuestros consejos, yo lo debo hacer por el ministerio que obtengo con mis exhôrtaciones: vosotros estais ilustrados de los mas altos conocimientos, y yo debo instruir al pueblo de las causas que agitan y dividen al mundo, para precaverlo de la seduccion y el engaño. Para que mi discurso, pues, coopere al mismo fin con vuestros cuidados, imploremos todos la gracia del Espìritu Santo por la intercesion de la Santisima VIRGEN MARIA.

Pax vobis. Joan. Cap. 20. vers. 21

PRIMERA PARTE.

El hombre ha buscado incesantemente en todos los siglos su felicidad: se ha imaginado que podria encontrar la paz del corazon en el desahogo de sus pasiones. Su propia experiencia, sin embargo, debe-

ria desengañarlo. Llenad à un avaro de todo el oro y la plata que solo cabe en su imaginacion desarreglada, y será siempre un Tántalo sediento en medio de las aguas. Coronad á un ambicioso con todos los laureles, someted á sus pies todo el globo, y llorará como Alexandro por que no puede conquistar otros mundos. Considerad al voluptuoso rodeado de todas las delicias, y confesará como Salomon que todo es vanidad de vanidades Desahogue todas sus pasiones, satisfaga sus antojos, dé gusto á sus apetitos, sea su capricho extravagante la única regla de sus operaciones; no encontrarà jamas la paz del corazon, y tropezará à cada paso con la ruina y la infelicidad: *Contritio et infelicitas in viis eorum, et viam pacis non cognoverunt*(2). Solo Dios, Señores, solo Dios puede llenar los inmensos vacíos del corazon humano. El hombre, sin embargo, persistiendo en buscar su dicha en el desahogo de sus pasiones, solo mi-

(2) Psalm. XIII. vers. 3.

ra en este Dios amable un Juez inexôrable de sus crìmenes: la consideracion de su infinito poder solo sirve de amárgar sus placeres: su formidable justicia le sorprende y aterra en medio de sus delitos: la memoria de sus castigos confunde sus iniquidades, y no pudiendo sostener sobre sí este peso que lo abruma, se fortalece contra el Omnipotente, como dice la Escritura (3): sacude el yugo de la ley à que no ha querido sujetarse, y tira á deshacerse de este Dios vengador, negandole la exîstencia, ò el poder para entregarse con libertad à todo género de maldades. Este es el origen del Atheismo. No penseis que han hallado los incredulos una demostracion que pueda convencerlos, una razon que los satisfaga; su impiedad solo nace del fondo de su corazon corrompido: *dicit insipiens in corde suo non est Deus* (4). Asì han pensado destronar à Dios estas almas rebeldes,

(3) Job. cap. XV. vers. 25. Tetendit enim adversus Deum manum suam, et contra Omnipotentem roboratus est.
(4.) Psalm. XIII. vers. 1.

y no hallando todavía la paz que buscaban en la satisfaccion de sus apetitos, han añadido crímenes à crìmenes.

Su conciencia misma es un tribunal severo que continuamente los juzga: no bien cometen el pecado que les parece tan amable, quando se convierte en un horrible verdugo que los despedaza; del seno de la maldad nace este gusano roedor que los devora: en medio de sus placeres, de sus atrevidos designios, de sus ideas malignas, los asalta este triste y amargo pensamiento que inficiona todos sus gustos. La larga costumbre de pecar, la ceguedad espiritual, efecto y castigo del pècado, el abandono à todos los vicios, son, es verdad, otros tantos cauterios, segun la noble expresion de Tertuliano que adormecen algun tanto la conciencia; pero siempre queda en el fondo un cierto conocimiento que confunde y sonroja al pecador á la vista involuntària de sus crìmenes. No pudiendo sufrir, por tanto, un juez tan severo y tan inexôrable den-

tro de si mismo, determina destruirlo; se persuade para consolarse, que su alma perece con el cuerpo. Y este es, Señores, el verdadero orígen de los Materialistas. No conociendo otra felicidad que la de satisfacer como los brutos todos sus apetitos, envidian y se apropian con una vileza inaudita la triste fortuna de los jumentos. Renuncian à la inmortalidad, se despojan de los honores de nuestra naturaleza, se degradan de su dignidad, y desean convertirse en fieras estúpidas y salvages: *homo cum in honore esset, non intellexit, comparatus est jumentis et similis factus est illis*(5). ¡Ah! En vano, dice el Apóstol S. Juan, en vano buscan una muerte que no encontrarán jamás(6).

Pero à lo menos este hombre miserable, si es que de algun modo llega á persuadirse de estas quimeras, conseguirá la paz en el desahogo de sus pasiones: entra-

(5) Psalm XLVIII. vers. 21.
(6) Apocal. cap IX. vers. 6. quærent homines mortem, et non invenient eam.

rà en los derechos de la libertad que predica, adquirirá la independencia, esta preciosa prerogativa de la divinidad, à que aspira por medio de todos los peligros, y gozará de los privilegios que él mismo se ha atribuido para ser dueño absoluto de sus antojos. Nada ménos, Señores; abandonado de Dios, y en cuyo lugar se ha querido colocar por su orgullo, como dice el Profeta, arrastrado continuamente de uno en otro cautiverio, vendido, como dice San Pablo, al pecado, *venundatus sub peccato* (7), esclavo de sus leyes, de si mismo, de su cuerpo, de sus sentidos, de sus deseos, de todos los objetos que le rodean, entregado en manos de sus pasiones, que lo despedazan, enemigo de Dios, de si mismo, y de los hombres, tiene un infierno en el pecho, y vive en la desesperacion: *non est pax impiis, dixit Dominus* (8).

Tales son los monstruos que ha abor-

(7) Ad Romanós cap. VII. vers. 7.

(8) Isaiç. cap. XLVIII. vers. 22.

tado el abismo en nuestros dias infelices para la ruina del mundo. Despedazados interiormente por todas las furias, han comunicado, como por una especie de secreto eléctrico, el temblor que los agita à todos quantos se les acercan. Los Profetas nos habian dado anticipadamente su idea baxo los simbolos mas espantosos: los Apóstoles nos han prevenido contra su seduccion, y nos han dibujado sus caracteres con los mas negros colores. ¿Quien puede ponderar la perfidia, y las maldades inauditas que han executado en España? ¿Con qué terminos podriamos expresar sus atrocidades? Al oirlas en estas apartadas regiones hemos ocurrido incesantemente á nuestros templos, y no nos han parecido bastante expresivas las quejas del Profeta Jeremias para llorar y clamar al Señor al pie de éstos santos Altares: ved, Señor, nuestra afliccion Los hijos mas ilustres de la nacion perecen, y se fortifican contra ellos nuesros enemigos: han arruinado los muros: han

profanado los Templos : han extendido sus manos sacrilegas para expilar el santuario de sus preciosidades: han arrancado de nuestro seno á nuestro amado Monarca: han cautivado à nuestros Principes : han manchado al Reyno con sus iniquidades(9).

Descubierta yá en el dia su necia presuncion, no hay nacion alguna que no los aborrezca; se han hecho patentes los artificios de su perfidia: en todas partes se levantan poderosos exércitos que los destruyen. España mantiene viva la guerra, y la memoria de sus injurias. ¿Y nosotros podriamos entregar friamente nuestros reynos y nuestras provincias á los enemigos del género humano? ¿Podriamos brindar á los avaros nuestras riquezas y preciosidades, de que jamas se satisfarian? A vista del valor de nuestra Metrópoli y de toda la Europa; ¿podriamos entregarnos á su espada como un rebaño de ovejas? Este es

(6) Jerem. Facti sunt filii mei perditi, quoniam invaluit inimicus. Lam. 1.—16. Manum suam missit hostis ad omnia desiderabilia ejus. Ibid. 1 — 10 Polluit regnum, et Principes ejus. Ibid. 2. — 2.

un pensamiento inverosimil, y que verdaderamente no cabe ni aun en los anchurosos limites de la temeridad. No, señores: jamas dominaràn estos monstruos la América: jamas se harán dueños de nuestros bienes: jamàs reynarán en nuestras tierras, ni en nuestros corazones. Este es el grito de toda la nacion: primero morir; estos son nuestros sentimientos, y este es en todas partes el eco de la fidelidad. Tampoco podriamos variar nuestra constitucion, que actualmente nos afirma contra ellos, sin imitar su perfidia, y sin perder la paz de Jesu-Christo, que consiste en una entera sujecion á las potestades legítimas, como lo haré ver en la

SEGUNDA PARTE.

Sacudido el yugo de la ley, negando à Dios el impio, y degradàndose de los honores de la racionalidad para transformarse en bruto, y vivir solamente à sus apetitos, no

consigue todavia el fin de sus perversos designios. Despreciando la justicia del Cielo, la halla, no obstante, en la tierra. Hay jueces que lo castigen, y lo sujeten à la regla de la razon y de la sociedad. No les queda, pues, otro arbitrio à estos monstruos devoradores que trastornar todos los tronos, é inspirar la rebelion à todos los pueblos. Asi han procurado introducir en todas partes, yá por si mismos, ya por medio de sus pestilentes escritos el idolo de la libertad, que a manera de los Dioses del paganismo toma diferentes tráges y nombres, segun la naturaleza de las regiones, atemperandose à sus costumbres y maneras, obra sus efectos, y llevando siempre por empresa la discordia y la division.

Sin embargo, es un principio inconcuso, que ninguno puede resistir á Dios y tener paz: son tèrminos formales de la Escritura: *¿quis resistit ei, et pacem habuit?* (10) Mirad ahora como explica el Apóstol

(10) Job cap. IX. vers. 4.

S. Pablo la obediencia y la sumision que debemos à las potestades legìtimas. El que resiste, dice, à la potestad legìtima, resiste à la ordenacion de Dios: *qui potestatì resistit, Dei ordinationi resistit*(11). ¿Quereis no temer la potestad legítima? Obrad bien, y conseguireis todas sus alabanzas. No se les ha dado en vano la espada, por que si ella se hace temible, y se emplea en el castigo de los malos, sirve tambien al premio, á la seguridad, y á la defensa de los buenos. Estamos, continúa el Apostol, estámos obligados à obedecer por una necesidad indispensable, no solo por el temor, sinó por la conciencia: es decir, no solo por los castigos temporales, sino por los eternos. A mas de esto, hemos llamado à Dios por testigo de la obediencia y fidelidad que les hemos prestado, y nos hemos atado nosotros mismos al pie del Trono por un vínculo sagrado que ninguno puede romper. La Iglesia no puede autorizar unos juramen-

(11) Ad Romanos. cap.XIII, vers. 2.

tos que en todo ó en parte, directa ó indirectamente se opongan á los primeros. Seria un insulto enorme à la Divinidad llamar á Dios por testigo de unas promesas contrarias á las que ántes estaban selladas con su nombre, y pretender atarnos con este lazo al tiempo mismo de romperlo.

Por otra parte, los planes que han trabajado Lutero, y Calvino, acriminando à los Xefes para indisponer á los pueblos, estan condenados por el Apóstol, que expresamente mandaba á los Romanos, que obedeciesen con entera sumision y respeto à los Senadores gentiles y à Neron mismo, monstruo compuesto de todos los vicios. ¿Y qué exemplos tan heroycos de esta ciega obediencia no nos diéron los primeros christianos que deben ser el modelo de nuestras costumbres? Militaban en sus exércitos, y no habia soldados mas valientes, ni mas zelosos por la gloria y la magestad del imperio. A la fuerza de su espada añadian la eficacia de sus Oraciones y aun la de sus

milagros. Del Cielo hiciéron llover alguna vez la victoria. La legion que por los prodigios de su santidad y valor ha sido conocida hasta nosotros con el nombre de fulminante, es una prueba invencible de la heroyca fidelidad de los christianos respecto de aquellos Emperadores paganos, que eran sus perseguidores mas acervos y sus mas crueles enemigos. Estos son los verdaderos exemplos del amor de la patria entre los católicos.

Estando nosotros penetrados de estas altas verdades, teniendo yo el honor de hablar en medio de un auditorio tan ilustre como piadoso, delante de un pueblo que ha dado y dà tantos y tan heroycos testimonios de su fidelidad, ¿cómo podriamos temer la seduccion de qualquiera otro pueblo que quisiese apartarse de estos sentimientos de honor y de Religion? ¿Que engaños por artificiosos que fuesen podrian ocultarse à la perspicacia de vuestro ingenio, ò hacer impresion en vues-

tra sólida virtud? Pensar que se pudiera conservar al Rey la propiedad de estos dominios, y deshacerse al mismo tiempo de sus Xefes, que mantienen la posesion en su nombre, es un insulto extravagante. Imaginarse que se tiene amor al original quando se despedazan sus retratos, es un delirio. Separarse de la Metropoli, si triunfa, es una temeridad, por que volverà sus armas victoriosas contra los rebeldes. Si està debilitada, es una ruin ingratitud retirar la mano que debia sostenerla. De todos modos es una inconseqüencia; porque seria abrirle la puerta al enemigo que se protesta aborrecer. Decir que los pueblos de la América divididos y separados de su centro comun podrian resistir mejor al enemigo, es una quimera, y yo no necesito probar esta verdad por algunas reflexîones politicas, quando el Evangelio mismo nos enseña que se arruinarà indefectiblemente el reyno que se divida en si mismo: *regnum in se ipsum*

divissum, desolabitur (12).

¿Os parece, Señores, que unos pretextos tan frívolos bastarán para dar algun colorido à unas empresas, tan dificultosas, tan contrarias á la razon, á la ley, al christianismo, en unas circunstancias tan críticas, en que el único recurso es la íntima union con que debemos estrecharnos para orar juntos, pelear, y morir ó vencer en la causa de mas honor, de mayor justicia, y de mas importancia que ha tenído ni tendrá jamas la Monarquìa?

Este fué el acertado consejo de Sertorio á los soldados españoles, tan celebrado en la historia, haciendoles ver por un exemplo material, pero muy expresivo, que arracarian con facilidad una á una las clines de un caballo, pero no todas juntas. Nosotros tenemos una prueba doméstica que hace sensible esta verdad. Cerca de tres siglos hemos vivido cada uno debaxo de su vid ó de su higuera en

(21) Luc. Cap. XI. vers. 17.

el seno de su tranquilidad, como en los tiempos de Salomon, miéntras que la Europa dividida en tantas soberanías, sin embargo de la mutua organizacion de todas ellas, se ha despedazado en continuas guerras, por interés por límites..., por etiquetas, por ambicion tambien, y por codicia, nosotros entretanto en la cumbre de un Olimpo sereno, hemos visto formarse à su pie estos horribles nublados, sin que hayan llegado à nosotros, ni aun los relàmpagos de los malignos fuegos, que han disparado la ira y la venganza, llegando quando mucho á nuestros oidos un sonido sordo, y casi imperceptible de estas espantosas borrascas. Aun en este mismo tiempo, en que todo el orbe desencajado de sus quicios, parece que iba à revolverse sobre si mismo, hemos visto el estrago de lejos: nuestro corazon sensible á las desgracias de los nuestros, ha sido traspasado de un vivo dolor; pero qual seria nuestro espanto, nuestra sorpresa, nuestra confu-

sion, si aprovechando el enemigo el desórden, en que podria caer la Amèrica por su desunion, tuviesemos que llorar con Jeremías al ver que se desnudaba aquí una espada devoradora, semejante á la que executa en Europa tantas atrocidades, y quedasemos unos y otros sin recurso con la muerte dentro y fuera de casa: *foris intérficit gladius*, *et domi mors similis est* (13).

En medio de este funesto pensamiento, mi obligacion y mi ternura me acuerdan á Fernando. Fernando, restituido à su trono, serìa, Señor, el iris de la paz para todo el mundo. Su presencia á manera de un sol, que se dexa ver mas hermoso, despues de una negra borrasca, iluminaria todo el orbe. ¿Y hasta quando, Señor, hasta quando ha de durar esta terrible prueba, quando nos tiene sepultados en las mas pesadas calamidades? ¿Y será posible que haya en la América al-

(13) Jerem. Lam. 1 ver. 20.

guno que acrecente el càliz de sus amarguras? Este Rey magnànimo, que sufre con tanta constancia para nuestra confusion y nuestro exemplo, los reveses de una triste fortuna, en la qual se hace mas grande, y mas expectable à la vista de todo el mundo, no bastara que experimente la envidia de Saul, que resuenen en sus oidos las maldiciones de Semei, sin que tenga que padecer tambien la ingratitud de Absalon, y sin que cuente entre sus infortunios algunos hijos rebeldes? Por lo que mira á nosotros, todos manifestais en vuestros semblantes el filial amor, y la indignacion contra todos los que quieran ser reputados como enemigos. Vuestra heroyca fidelidad, hecha à prueba, los avergonzará; el entusiasmo general de nuestro reyno reformarà sus consejos precipitados; y vuestro exemplo los hará volver al centro de la unidad en que se halla reunida toda la América y al seno de la paz.

Entre tanto, SS, quando yo considero el trastorno general del mundo, las persecuciones de la Iglesia, las aflicciones y trabajos de la Suprema Cabeza, obscurecido el explendor de su solio, nuestro amado Rey injuriosamente cautivo, dispersados los Cardenales, agitada la España en la guerra mas justa, pero la mas sangrienta, fugitivos los Reyes de sus tronos: quando yo contemplo que la guerra muestra su sañudo semblante y se dexa ver acompañada de todos los instrumentos de la muerte; en unos parages la hambre y la peste devoradora que consume los pueblos; en otros los horrendos temblores, que descubren entre sus ruinas hasta los fundamentos de la tierra; en otros las sediciones y discordias civiles; armados unos contra otros los hombres: quando yo veo que padecemos todas juntas en cada momento estas grandes y espantosas calamidades, que hubieran sido insoportables en el transcurso de muchos siglos, y que

sin embargo estamos insensibles en medio de este cúmulo de desgracias, sin que haya un ruido que nos despierte, un golpe que nos asuste; conozco sensiblemente que nuestros males no tendrán ya remedio, por que miramos con indiferencia y con desprecio aquella guerra mil veces mas lastimosa y mas funesta que hay entre el hombre pecador y su Dios.

No permitais, Señor, que nosotros á quienes habeis concedido descansar por tan dilatados siglos en la hermosura de la paz, en tabernaculos de confianza, y en una seguridad y abundancia inalterables, oygamos resonar repentinamente aquel trueno espantoso con que aterrasteis en otro tiempo á tu pueblo por boca del Profeta Baruch: ó Isrraël si hubieses oido la voz de tu Dios, hubieras vívido sobre la tierra en una paz eterna(14). Interrumpid ya Señor el hilo de tantas desgracias, haced que aparezca

(14) Baruch. cap. III. v, 13. Nam. si in via Dei ambulasses, habitasses utique in pace sempiterna.

en el Oriente el Angel de la luz, el Angel de la paz, el Angel que trae en sus manos la señal augusta de nuestra redencion para señalar á los que faltan por entrar en el gremio de tu Iglesia, que mande con imperio à los Angeles que tienen los quatro ángulos de la tierra, que no permita soplen todavia sobre ella los vientos tempestuosos que tienen en su poder Acordaos de que las naciones bárbaras que habitaban en esta extendida parte del mundo, estuvieron privadas de la luz de la fé por largos siglos, mientras que alumbraba con tanto explendor á lo restante de la tierra, y que retirados muchos en los espaciosos senos de estos inmensos paises, no han logrado todavia el fruto de vuestra redencion:concedednos, Señor la paz, y conducidlos á nuestro redil para consuelo de la Iglesia afligida, para gloria de vuestro santo nombre, y para que todos consigamos la vida eterna.

AMEN.